

J.R.R. TOLKIEN

Editado por CHRISTOPHER TOLKIEN

LOS HIJOS DE HÚRIN



Ilustrado por ALAN LEE

minotauro



NARN I CHÎN HÚRIN

La historia de los hijos de Húrin

J.R.R. Tolkien

Editado por Christopher Tolkien

Ilustrado por Alan Lee

minotauro

Título original:
The Tale of the Children of Húrin

Traducción: Estela Gutiérrez
Revisión de la traducción: Carme López

Primera edición en inglés: HarperCollinsPublishers, 2007

Primera edición en castellano: Ediciones Minotauro, abril de 2007

Mapa, Prefacio, Introducción, Notas a la Pronunciación, Apéndices y
Lista de nombres © Christopher Reuel Tolkien, 2007
La historia de los hijos de Húrin © The J.R.R. Tolkien Copyright Trust
y Christopher Reuel Tolkien, 2007
Ilustraciones © Alan Lee, 2007

De la presente edición © Ediciones Minotauro, S. A., 2007
Avda. Diagonal, 662-664, 6.ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-7634-7
Depósito legal: B. 9.748-2007

Fotocomposición: Zero Preimpresión, S. L.
Impresión y Encuadernación: EGEDSA

Impreso en España
Printed in Spain

ÍNDICE

Prefacio	11
Introducción	15
Nota sobre la pronunciación	27

NARN I CHÎN HÚRIN

La historia de los hijos de Húrin	29
I. La infancia de Túrin	31
II. La Batalla de la Lágrimas Innumerables	47
III. La conversación de Húrin y Morgoth	55
IV. La partida de Túrin	59
V. Túrin en Doriath	71
VI. Túrin entre los proscritos	87
VII. De Mîn el Enano	107
VIII. La tierra del Arco y el Yelmo	125
IX. La muerte de Beleg	133
X. Túrin en Nargothrond	139
XI. La caída de Nargothrond	149
XII. El regreso de Túrin a Dor-Lómin	159
XIII. La llegada de Túrin a Brethil	167

XIV.	El viaje de Morwen y Niënor a Nargothrond	173
XV.	Niënor en Brethil	187
XVI.	La llegada de Glaurung	193
XVII.	La muerte de Glaurung	205
XVIII.	La muerte de Túrin	217

GENEALOGÍAS

I.	La Casa de Hador y el Pueblo de Haleth	229
II.	La Casa de Bëor	231
III.	Los príncipes de los Noldor	233

APÉNDICES

(1)	La evolución de las grandes historias	237
(2)	La composición del texto	249

LISTA DE NOMBRES	257
------------------	-----

Nota sobre el Mapa	279
--------------------	-----



CAPÍTULO I

LA INFANCIA DE TÚRIN

Hador Cabeza Dorada era señor de los Edain y amado por los Eldar. Vivió, mientras duraron sus días, bajo el señorío de Fingolfin, que le concedió vastas tierras en la región de Hithlum llamada Dor-lómin. Su hija Glóredhel se casó con Haldir, hijo de Halmir, señor de los Hombres de Brethil; y en la misma fiesta su hijo Galdor el Alto desposó a Hareth, la hija de Halmir.

Galdor y Hareth tuvieron dos hijos, Húrin y Huor. Húrin era tres años mayor, pero de menor estatura que otros hombres de su estirpe; en eso había salido al pueblo de su madre, pero en todo lo demás era como Hador, su abuelo, fuerte de cuerpo y de ánimo fiero. En él, el fuego ardía sin pausa, y tenía gran fuerza de voluntad. De todos los Hombres del Norte, nadie conocía como él los designios de los Noldor. Huor, su hermano, era alto, el más alto de todos los Edain a excepción de su propio hijo Tuor, y muy veloz en carrera; pero si la carrera era dura y prolongada, Húrin era quien primero llegaba a la meta, porque corría con tanto empuje al final como al principio. Ambos hermanos se querían mucho y en su juventud rara vez se separaron.

Húrin desposó a Morwen, la hija de Baragund, hijo de Bregolas, de la Casa de Bëor; era por tanto pariente cercana de Beren el Manco. Morwen era alta y de cabellos oscuros, y, por la luz de su mirada y la hermosura de su rostro, los hombres la llamaban Eledhwen, la de élfica belleza; no obstante era de temple algo severo y orgullosa. Los pesares de la Casa de Bëor habían entristecido su corazón; porque fue como exiliada a Dor-lómin desde Drothonion después del desastre de la Batalla de Bragollach.

Túrin era el nombre del hijo mayor de Húrin y Morwen, y nació el año en que Beren llegó a Doriath y encontró a Lúthien Tinúviel, hija de Thingol. Morwen le dio a Húrin también una hija, a la que llamaron Urwen; pero todos los que la conocieron durante su breve vida, la llamaban Lalaith, que significa Risa.

Huor desposó a Rían, la prima de Morwen; era la hija de Belegund, hijo de Bregolas. Un duro destino hizo que Rían naciera en aquellos días, porque era gentil de ánimo y no le gustaban la caza ni la guerra. Amaba los árboles y las flores silvestres, y cantaba y componía canciones. Dos meses sólo había estado casada con Huor cuando él partió con su hermano a la Nirnaeth Arnoediad, y nunca volvió a verlo.

Pero ahora la historia vuelve a Húrin y Huor en los días de su juventud. Se dice que, durante un tiempo, los hijos de Galdor vivieron en Brethil como hijos adoptivos de Haldir, su tío, según la costumbre de los Hombres del Norte en aquellos días. Con frecuencia, junto con los Hombres de Brethil, luchaban contra los Orcos, que ahora hostigaban las fronteras septentrionales de su tierra; porque Húrin, a pesar de tener sólo diecisiete años, era fuerte, y Huor, el más joven, era ya tan alto como la mayoría de los hombres crecidos de ese pueblo.

En una ocasión, Húrin y Huor iban con una compañía de exploradores que cayó en una emboscada de Orcos dispersándose, y los hermanos fueron perseguidos hasta el vado de Brithiach. Allí habrían sido capturados o muertos, pero el poder de Ulmo, aún era fuerte en las aguas del Sirion. Se dice que una niebla se levantó del

río y los ocultó de sus enemigos, y así pudieron escapar por Bri-thiach hasta Dimbar. Allí, con grandes dificultades, erraron entre las colinas, bajo los muros escarpados de las Crissaegrim, hasta que fueron confundidos por los engaños de esa tierra y ya no supieron cuál era el camino de ida ni el de regreso. En ese lugar los vio Thorondor, que envió dos de sus Águilas en su ayuda; las Águilas los tomaron y los llevaron más allá de las Montañas Circundantes hasta el valle secreto de Tumladen y la ciudad escondida de Gondolin, que ningún Hombre había visto todavía.

Cuando supo a qué linaje pertenecían, el rey Turgon les dio la bienvenida; porque Hador era amigo de los Elfos, y Ulmo, además, había aconsejado a Turgon que tratara con bondad a los hijos de esa Casa, de quienes obtendría ayuda cuando llegasen momentos de necesidad. Húrin y Huor vivieron como huéspedes en la casa del rey durante casi un año; y se dice que, en ese tiempo, Húrin, que era de mente rápida y ansiosa, aprendió mucho de la ciencia de los Elfos, y algo entendió también de los juicios y propósitos del rey. Porque Turgon llegó a sentir un gran afecto por los hijos de Galdor, y conversaba mucho con ellos; y en verdad deseaba retenerlos en Gondolin por amor, no sólo por la ley que exigía que ningún forastero, fuera éste Elfo u Hombre, que encontrara el camino al reino secreto o contemplara la ciudad, nunca pudiera marcharse ya de allí hasta que el rey no abriera el cerco y el pueblo oculto saliera de ella.

Pero Húrin y Huor deseaban regresar con su gente, y comparar con ellos las guerras y pesares que ahora los afligían. Y Húrin le dijo a Turgon:

—Señor, sólo somos Hombres mortales, distintos de los Eldar. Ellos pueden pasar muchos años esperando batirse con sus enemigos algún día distante, pero nuestro tiempo es corto, y nuestra esperanza y fuerza pronto se marchitan. Además, nosotros no encontramos el camino a Gondolin y en realidad no sabemos dónde está esta ciudad, pues fuimos traídos con miedo y asombro por los elevados caminos del aire, y nos concedieron la gracia de velar nuestros ojos.

Entonces Turgon accedió, y dijo:

—Si Thorondor está dispuesto, podéis partir por el camino por el que vinisteis. Me apena esta separación; sin embargo, según las cuentas de los Eldar, puede que volvamos a vernos dentro de poco.

Pero Maeglin, el hijo de la hermana del rey, que era poderoso en Gondolin, no lamentó en absoluto que partiesen; les reprochaba el favor del rey, pues no sentía amor alguno por el linaje de los Hombres; y le dijo a Húrin:

—La gracia del rey es mayor de lo que crees, y algunos podrían extrañarse de que la severa ley se suavice por dos insignificantes hijos de los Hombres. Sería más seguro que se quedaran a vivir aquí como sirvientes hasta el final de sus días.

—Grande es en efecto la gracia del rey —respondió Húrin—, y si nuestra palabra no basta, pronunciaremos un juramento.

Los hermanos juraron no revelar nunca los designios de Turgon, y mantener en secreto todo lo que habían visto en su reino. Entonces se despidieron, y las Águilas fueron por la noche y se los llevaron, y los depositaron en Dor-lómin antes del amanecer. Sus parientes se regocijaron al verlos, pues los mensajeros llegados de Brethil los daban por perdidos; pero ellos no quisieron revelar ni siquiera a su padre dónde habían estado, salvo que habían sido rescatados en el páramo por las Águilas, que los habían llevado a casa.

Pero Galdor preguntó:

—¿Habéis vivido entonces un año a la intemperie? ¿O acaso las Águilas os albergaron en sus nidos? Sin embargo encontrasteis alimentos y vestidos hermosos, y volvéis como jóvenes príncipes, no como abandonados en el bosque.

—Conténtate, padre —respondió Húrin—, con que hayamos regresado; pues sólo por un voto de silencio nos fue permitido hacerlo. Ese juramento todavía nos ata.

Entonces Galdor no les hizo más preguntas, pero él y muchos otros adivinaron la verdad. Porque tanto el voto de silencio como las Águilas apuntaban a Turgon.

Fueron pasando los días, y la sombra del miedo de Morgoth se alargaba. Pero en el año cuatrocientos sesenta y nueve después del

retorno de los Noldor a la Tierra Media hubo una nueva esperanza entre los Elfos y los Hombres, porque corrió el rumor entre ellos de las hazañas de Beren y Lúthien, y de la vergüenza sufrida por Morgoth en su propio trono, en Angband, y algunos decían que Beren y Lúthien vivían aún, o que habían regresado de entre los muertos. Aquel mismo año, los grandes designios de Maedhros estuvieron casi completos, y, con la renovación de las fuerzas de los Eldar y los Edain, el avance de Morgoth se detuvo y los Orcos fueron expulsados de Beleriand. Entonces, algunos empezaron a hablar de las victorias por venir y de una revancha inminente de la Batalla de Bragollach cuando Maedhros condujera a las huestes unidas, expulsara a Morgoth bajo tierra y sellara las Puertas de Angband.

Pero los más juiciosos estaban aún intranquilos, temiendo que Maedhros revelara sus fuerzas crecientes demasiado pronto y se le diera así tiempo a Morgoth de armarse contra él.

—Siempre habrá algún nuevo mal incubándose en Angband para los Elfos y los Hombres —decían.

En otoño de ese año, como para corroborar esas palabras, un viento maligno llegó desde el norte bajo cielos cargados. Se lo llamó el Mal Aliento, porque era pestilente; y muchos enfermaron y murieron ese mismo otoño en las tierras septentrionales que bordeaban el Anfauglith, y eran en su mayoría niños o jóvenes de las casas de los Hombres.

Ese año, al comienzo de la primavera, Túrin, hijo de Húrin, tenía tan sólo cinco años, y Urwen, su hermana, tres. Cuando corría por los campos, sus cabellos eran como los lirios amarillos en la hierba, y su risa como el alegre sonido del arroyo que bajaba cantando de las colinas y pasaba junto a los muros de la casa de su padre. Nen Lalaith se llamaba ese arroyo, y, por él, toda la gente de la casa llamó Lalaith a la niña; y sentían alegría en sus corazones mientras ella vivió.

Pero Túrin no era tan querido. Tenía los cabellos oscuros, como su madre, y también prometía tener la misma disposición de ánimo; pues no era alegre, y hablaba poco, aunque aprendió a hacerlo pronto, y pareció siempre mayor de lo que era. Túrin tardaba en ol-

vidar la injusticia o la burla; pero el fuego de su padre ardía también en él, y podía ser brusco y fiero. No obstante, era rápido para la compasión, y el dolor o la tristeza de las criaturas vivientes podían conmoverlo hasta las lágrimas; y también en eso era como su padre, porque Morwen era tan severa con los demás como consigo misma. Túrin amaba a su madre porque ella le hablaba de un modo directo y claro; pero a su padre lo veía poco, porque Húrin pasaba a menudo largas temporadas fuera de casa, con las huestes de Fingon, que guardaban las fronteras orientales; y cuando volvía, sus rápidos parlamentos, salpicados de palabras extrañas y de dobles sentidos, lo desconcertaban e inquietaban. En ese tiempo, todo el calor de su corazón lo volcaba en Lalaith, su hermana, pero rara vez jugaba con ella, y prefería observarla sin que ella se diera cuenta, y vigilarla mientras la niña corría por la hierba o bajo los árboles, o cantaba las canciones que los niños de los Edain inventaran hacía mucho tiempo, cuando la lengua de los Elfos todavía era nueva en sus labios.

—Lalaith es bella como una niña Elfa —decía Húrin a Morwen—; pero más efímera, ¡ay! Y por ello más bella, quizá, o más querida.

Y Túrin, al oír esas palabras, meditó sobre ellas, pero no las entendió. Porque nunca había visto a un niño Elfo. Ninguno de los Eldar vivía en ese tiempo en las tierras de su padre, y sólo en una ocasión los había visto, cuando el rey Fingon y muchos de sus señores habían cabalgado por Dor-lómin y habían cruzado el puente de Nen Lalaith, resplandecientes de blanco y plata.

Pero antes de que acabara el año, la verdad de las palabras de su padre se confirmó; porque el Mal Aliento llegó a Dor-lómin, y Túrin cayó enfermo y yació mucho tiempo presa de una fiebre y un sueño tenebroso. Y cuando sanó, porque tal era su destino y la fuerza de la vida que había en él, preguntó por Lalaith. Pero el aya respondió:

—No menciones más la palabra Lalaith, hijo de Húrin; en cuanto a tu hermana Urwen debes pedir nuevas a tu madre.

Y cuando Morwen fue a verlo, Túrin le dijo:

—Ya no estoy enfermo, y deseo ver a Urwen; pero ¿por qué no debo decir nunca más la palabra Lalaith?

—Porque Urwen está muerta y ya no hay risa en esta casa —res-

pondió ella—. Pero tú vives, hijo de Morwen; y también el Enemigo que nos ha hecho esto.

No le dio más consuelo a él del que ella misma se daba, pues se enfrentaba al dolor en silencio y con el corazón frío. Húrin en cambio se lamentaba abiertamente, y tomó el arpa y habría querido componer una elegía; sin embargo no pudo; quebró el arpa y, saliendo fuera, alzó las manos hacia el norte, gritando:

—¡Tú que desfiguras la Tierra Media, querría verme contigo cara a cara y desfigurarte como hizo mi señor Fingolfin!

Pero Túrin lloró amargamente solo por la noche, aunque nunca más pronunció ante Morwen el nombre de su hermana. A un solo amigo se volvió en ese trance, y le habló de su dolor y del vacío de la casa. Este amigo se llamaba Sador, un criado al servicio de Húrin; era tullido y de poca relevancia. Había sido leñador y, por mala suerte o un error de su hacha, ésta le había rebanado el pie derecho, y la pierna sin pie se le había marchitado. Túrin lo llamaba Labadal, que significa «Paticoyo», aunque el nombre no disgustaba a Sador, pues le era dado por piedad, no por desprecio. Sador residía en los edificios anexos, fabricando o arreglando cosas de escaso valor que se precisaban en la casa, porque tenía cierta habilidad para trabajar la madera. Túrin le llevaba lo que necesitaba, para ahorrarle así esfuerzos a su pierna, y a veces también en secreto, alguna herramienta o trozo de madera que encontraba sin vigilancia, si pensaba que podía ser de utilidad para su amigo. Entonces Sador sonreía, pero le pedía que devolviera esos regalos a su sitio.

—Da con prodigalidad, pero da sólo de lo tuyo —decía.

Recompensaba en la medida de sus fuerzas la bondad del niño, y tallaba para él figuras de hombres y de animales; sin embargo, Túrin se deleitaba sobre todo con las historias de Sador, porque había sido joven en la época de la Bragollach y ahora gustaba de recordar los breves días en que había sido un hombre entero, antes de convertirse en un mutilado.

—Ésa se dice que fue una gran batalla, hijo de Húrin. Fui convocado por la necesidad de aquel año, y abandoné mis tareas en el bosque, pero no estuve en la Bragollach; de lo contrario, hubiese

podido ganarme mi herida con más honor. Llegamos demasiado tarde, salvo para traer de regreso el catafalco del viejo señor, Hador, que cayó defendiendo al rey Fingolfin. Después fui soldado, y estuve durante muchos años en Eithel Sirion, el gran fuerte de los reyes élficos; o así me lo parece ahora, pues los grises años transcurridos desde entonces poco tienen que los destaque. En Eithel Sirion estaba yo cuando el Rey Negro lo atacó, y Galdor, el padre de tu padre, era allí el capitán en sustitución del rey. Fue muerto en ese ataque; y entonces vi a tu padre hacerse cargo del señorío y el mando, aunque apenas había alcanzado la edad viril. Se dice que había un fuego en él que le calentaba la espada en la mano. Siguiéndolo, hicimos que los Orcos mordieran el polvo, y desde ese día nunca se han atrevido a dejarse ver cerca de las murallas. Pero, ¡ay!, mi amor por la lucha se había saciado, pues había visto ya bastantes heridas y sangre derramada, y obtuve permiso para volver a los bosques que tanto echaba de menos. Y allí recibí mi herida; porque el hombre que huye de lo que teme acaba comprobando que sólo ha tomado un atajo para encontrarse con ello.

De este modo le hablaba Sador a Túrin a medida que éste iba creciendo; y Túrin empezó a hacer muchas preguntas que a Sador le era difícil responder, ya que pensaba que otros más próximos debían ser quienes lo instruyeran. Un día Túrin le preguntó:

—¿Se asemejaba en verdad Lalaith a una niña Elfa, como decía mi padre? Y ¿a qué se refería cuando dijo que ella era más efímera?

—Seguramente sí—respondió Sador a su primera pregunta—; porque en su temprana juventud, los hijos de los Hombres y los de los Elfos se parecen mucho. Pero los hijos de los Hombres crecen más de prisa, y su juventud pasa pronto; tal es nuestro destino.

—¿Qué es el destino?—quiso saber entonces Túrin.

—En cuanto al destino de los Hombres—explicó Sador— tienes que preguntar a los que son más sabios que Labadal. Pero como todos podemos ver, envejecemos pronto y morimos; y, por desgracia, muchos encuentran la muerte incluso antes. En cambio, los Elfos no envejecen y no mueren, salvo a causa de una gran herida. De heridas y penas que matarían a los Hombres ellos pueden curarse;

y dicen algunos que, después de que sus cuerpos hayan desaparecido, pueden volver. No sucede lo mismo con nosotros.

—Entonces ¿Lalaith no volverá? —preguntó Túrin—. ¿Adónde ha ido?

—No volverá —contestó Sador—. Pero adónde ha ido nadie lo sabe; o yo no lo sé.

—¿Ha sido siempre así? ¿O somos víctimas de alguna maldición del rey malvado, quizá, como el Mal Aliento?

—No lo sé. Nuestro pasado es oscuro, y de él nos han llegado muy pocas historias. Puede que los padres de nuestros padres hubiesen podido contar algo, pero no lo hicieron. Incluso sus nombres están olvidados. Las Montañas se interponen entre nosotros y la vida de los que vinieron, huyendo nadie sabe de qué.

—¿Tenían miedo? —preguntó Túrin.

—Puede ser —respondió Sador—. Puede que huyéramos del temor a la Oscuridad sólo para hallarla aquí, delante de nosotros, y sin otro sitio adonde huir, excepto el Mar.

—Nosotros ya no tenemos miedo —dijo Túrin—, no todos. Mi padre no tiene miedo, y yo no lo tendré; o, cuando menos, haré como mi madre: tendré miedo pero no dejaré que se note.

A Sador le pareció entonces que los ojos de Túrin no eran los ojos de un niño, y pensó: «El dolor produce un temple duro». Pero en voz alta dijo:

—Hijo de Húrin y Morwen, lo que pasará con tu corazón, Labadal no puede adivinarlo, pero rara vez y a muy pocos mostrarás lo que hay en él.

Entonces Túrin contestó:

—Quizá sea mejor no decir lo que se desea, si no puede obtenerse, pero yo desearía, Labadal, ser uno de los Eldar. Así Lalaith podría regresar y yo estaría aquí todavía, aunque ella hubiera recorrido un largo camino. Prestaré servicio como soldado de un rey Elfo tan pronto como pueda, igual que hiciste tú, Labadal.

—Puedes aprender mucho de ellos —dijo Sador, y suspiró—. Son un pueblo bello y maravilloso, y tienen poder sobre los corazones de los Hombres. Y, sin embargo, a veces me parece que habría sido

mejor que nunca nos hubiéramos encontrado con ellos, y que hubiéramos transitado caminos más humildes. Porque los Elfos poseen un conocimiento antiguo; y son orgullosos y resistentes. A su luz nosotros nos vemos apagados, o ardemos con una llama demasiado viva, y el peso de nuestro destino nos abruma entonces todavía más.

—Pero mi padre los ama —dijo Túrin—, y no es feliz sin ellos. Dice que de los Elfos hemos aprendido casi todo lo que sabemos, y así nos hemos convertido en un pueblo más noble; y dice que los Hombres que han cruzado últimamente las Montañas apenas son mejores que Orcos.

—Eso es verdad —respondió Sador—; verdad, al menos en algunos de nosotros. Pero el ascenso es penoso, y desde arriba es fácil caer.

Por ese tiempo, en el mes de gwaeron según el cómputo de los Edain, del año que no puede olvidarse, Túrin tenía casi ocho años. Corrían ya rumores entre sus mayores de una gran concentración de tropas y reclutamientos de fuerzas, de los que él nada sabía; aunque advertía que su padre lo miraba fijamente con frecuencia, como un hombre que mira algo querido de lo que debe separarse.

Ahora bien, Húrin, que conocía el coraje y la lengua prudente de Morwen, hablaba a menudo con ella de los designios de los reyes Elfos, y de lo que podría acaecer, para bien o para mal. Su corazón estaba lleno de esperanza, y temía poco las consecuencias de la batalla, porque no le parecía que fuerza alguna de la Tierra Media pudiese superar el poder y el esplendor de los Eldar.

—Han visto la Luz del Oeste —decía—, y al final la Oscuridad ha de desaparecer de sus rostros.

Morwen no lo contradecía; porque en compañía de Húrin la esperanza siempre parecía lo más probable. Pero también en su estirpe había quienes conocían la tradición élfica, y se decía a sí misma: «Pero, ¿no han abandonado la Luz acaso, y no han sido apartados de ella? Quizá los Señores del Oeste ya no los tienen presentes; ¿cómo pueden entonces, aun siendo ellos los Hijos Mayores, vencer a uno de los Poderes?».

Ninguna duda semejante parecía perturbar a Húrin Thalion; no obstante, una mañana de la primavera de ese año despertó apesadumbrado, como tras un sueño agitado, y una nube apagaba su brillo ese día; al anochecer dijo de pronto:

—Cuando sea convocado, Morwen Eledhwen, dejaré a tu cuidado al heredero de la Casa de Hador. La vida de los Hombres es corta, y en ella hay múltiples infortunios, aun en tiempos de paz.

—Eso siempre ha sido así —respondió ella—. Pero ¿qué hay bajo tus palabras?

—Prudencia, no duda —la tranquilizó Húrin; sin embargo, parecía perturbado—, pero quien mire hacia adelante, ve que las cosas no permanecerán siempre así. Habrá una gran conmoción, y una de las partes caerá más bajo de lo que está ahora. Si son los reyes de los Elfos los que sucumben, no ha de irles bien a los Edain; y nosotros somos los que vivimos más cerca del Enemigo. Esta tierra podría caer bajo su dominio. Pero si las cosas van mal, no te diré entonces: «¡No tengas miedo!». Porque tú sólo temes lo que ha de ser temido y nada más; y el miedo no te arredra. Pero si te digo ahora: «¡No esperes!». Yo volveré contigo en cuanto pueda, pero ¡no esperes! Ve al sur tan de prisa como te sea posible; yo te seguiré y daré contigo aunque tenga que registrar toda Beleriand.

—Beleriand es grande, y no hay hogar en ella para los exiliados —objetó Morwen—. ¿Adónde he de huir, con pocos o con muchos?

Entonces Húrin meditó un rato en silencio.

—En Brethil están los parientes de mi madre —respondió—. Se halla a unas treinta leguas a vuelo de pájaro.

—Si ese infortunado momento llega realmente, ¿qué ayuda se podría esperar de los Hombres? —dijo Morwen—. La Casa de Bëor ha caído. Si la gran Casa de Hador cae también, ¿a qué agujeros podría arrastrarse el pequeño Pueblo de Haleth?

—A los que puedan encontrar —respondió Húrin—. No dudes de su valor, aunque sean pocos y no instruidos. ¿En qué otra parte hay esperanza?

—No mencionas Gondolin —comentó Morwen.

—No, porque ese nombre nunca ha salido de mis labios —dijo

Húrin—. No obstante, es cierto lo que has oído: he estado allí. Pero también te digo, y es la verdad lo que nunca he dicho a nadie ni diré a nadie en el futuro: no sé dónde se encuentra.

—Pero lo supones, y tus suposiciones son bastante correctas, creo —insistió ella.

—Puede que así sea —dijo Húrin—, pero a menos que el propio Turgon me liberara de mi juramento, no podría decir lo que supongo, ni siquiera a ti; y por tanto tu búsqueda sería vana. Y si, para mi vergüenza, hablara, en el mejor de los casos sólo llegarías ante una puerta cerrada; porque, a no ser que Turgon vaya a la guerra (y de eso nada se ha oído hasta ahora, y no hay esperanzas de que así ocurra) nadie puede entrar.

—Entonces, si no hay esperanza en tus parientes y tus amigos te niegan —concluyó Morwen—, debo seguir mis propios designios; y lo que a mí se me ocurre es Doriath.

—Siempre apuntas demasiado alto —comentó Húrin.

—¿Demasiado alto, dices? —replicó Morwen—. Yo creo que la Cintura de Melian será la última defensa en romperse; y por otra parte, la Casa de Bëor no será despreciada en Doriath. ¿No soy ahora pariente del rey? Beren, hijo de Barahir, era nieto de Bregor, como lo era también mi padre.

—Mi corazón no se inclina hacia Thingol —reflexionó Húrin—. Ninguna ayuda ha de tener de él el rey Fingon; y no sé qué sombra me oscurece el espíritu cuando se nombra Doriath.

—Al nombre de Brethil también mi corazón se oscurece —dijo Morwen.

Entonces, de súbito, Húrin se echó a reír, y exclamó:

—Aquí estamos, discutiendo cosas que están fuera de nuestro alcance, y sombras surgidas de sueños. Las cosas no irán tan mal, pero si así ocurre realmente, a tu coraje y tu juicio queda todo encomendado. Haz entonces lo que tu corazón te indique, pero hazlo pronto. Y si alcanzamos nuestra meta, los reyes de los Elfos están decididos a devolver todos los feudos de la Casa de Bëor a sus herederos; y tú lo eres, Morwen, hija de Baragund. Poseeremos entonces extensos señoríos, y nuestro hijo recibiría una gran herencia.

Sin la malicia del norte dispondría de una gran riqueza, y sería un rey entre los Hombres.

—Húrin Thalion —dijo Morwen—, esto es lo que veo: tú tienes altas miras, pero yo temo la decadencia.

—Eso es lo peor que puedes temer —le respondió Húrin.

Esa noche, Túrin se despertó a medias, y le pareció que su padre y su madre estaban en pie junto a su cama, y lo miraban a la luz de las velas que llevaban consigo; pero no pudo verles la cara.

La mañana del cumpleaños de Túrin, Húrin le dio a su hijo un regalo, un cuchillo labrado por los Elfos, cuya empuñadura y vaina eran negras y de plata; y le dijo:

—Herederero de la Casa de Hador, he aquí un regalo. Pero ¡ten cuidado! Es una hoja amarga y este acero sirve sólo a aquellos que pueden empuñarlo. Es tan capaz de cortarte a ti una mano como de atacar a tus enemigos. —Y, subiendo a Túrin a una mesa, besó a su hijo y añadió—: Así ya me sobrepasas, hijo de Morwen; pronto serás igualmente alto sobre tus propios pies. Ese día, muchos serán los que teman tu hoja.

Entonces Túrin salió corriendo de la estancia para estar solo, y en su corazón sentía un calor como el del sol sobre la tierra fría que es capaz de hacer que crezca. Se repitió a sí mismo las palabras de su padre, «Herederero de la Casa de Hador»; pero otras palabras le vinieron también a la mente: «Da con prodigalidad, pero da sólo de lo tuyo». Y fue al encuentro de Sador y exclamó:

—¡Labadal, es mi cumpleaños, el cumpleaños del herederero de la Casa de Hador! Y te he traído un regalo para celebrarlo. He aquí un cuchillo justo como el que tú necesitas; cortará todo lo que quieras, incluso algo tan delgado como un cabello.

Entonces Sador se sintió turbado, porque sabía muy bien que Túrin había recibido ese cuchillo ese día como regalo. Pero los Hombres consideraban ofensivo rechazar un regalo dado libremente, viniera de quien viniese. Le habló con gravedad:

—Desciendes de una estirpe generosa, Túrin, hijo de Húrin. Yo no he hecho nada que iguale tu regalo, y no espero hacerlo en los

días que me quedan; pero lo que esté en mi mano lo haré. —Y cuando Sador sacó el cuchillo de la vaina, dijo—: Es un verdadero regalo: una hoja de acero élfico. Mucho tiempo he echado en falta tocarla.

Húrin pronto se dio cuenta de que Túrin no llevaba el cuchillo, y le preguntó si su advertencia le había hecho temerlo. Entonces Túrin respondió:

—No; pero se lo he dado a Sador, el carpintero.

—¿Desprecias pues el regalo de tu padre? —preguntó Morwen.

—No, pero quiero a Sador, y siento piedad por él —respondió Túrin.

Entonces Húrin dijo:

—Poseías tres regalos para dar, Túrin: amor, piedad y el cuchillo de todos el menos valioso.

—Sin embargo —objetó Morwen—, dudo que Sador se los merezca. Se ha mutilado a sí mismo por torpeza, y es lento en el trabajo, porque pierde mucho tiempo en innecesarias bagatelas.

—Ten piedad de él, pese a todo —le aconsejó Húrin—. Una mano honesta y un corazón sincero también pueden equivocarse; y el daño autoinfligido puede ser más duro de sobrellevar que la obra de un enemigo.

—Bien, pero ahora tendrás que esperar para tener una nueva hoja —le dijo Morwen a Túrin—. Así el regalo será un verdadero regalo, y a tus expensas.

No obstante, Túrin advirtió que Sador era tratado con más amabilidad desde entonces, y se le encargó una gran silla para que el señor se sentara en ella en la sala.

Una mañana brillante del mes de lothron, Túrin fue despertado por súbitas trompetas. Corrió hacia las puertas y vio, en el patio, a muchos hombres a pie o a caballo, todos completamente armados, como si fueran a partir a la guerra. Allí estaba también Húrin, que hablaba con los hombres y daba órdenes. Túrin se enteró de que ese día partían para Barad Eithel. Aquéllos eran guardias y hombres de la casa de Húrin, pero todos los hombres de sus tierras que no

eran imprescindibles también habían sido convocados. Algunos habían partido ya con Huor, el hermano de su padre; y muchos otros se unirían al Señor de Dor-lómin en el camino para, agrupados bajo su estandarte, seguirlo hasta el gran acantonamiento del rey.

Entonces Morwen se despidió de Húrin sin derramar lágrimas, y dijo:

—Cuidaré de lo que me dejas en custodia, tanto de lo que es como de lo que será.

Húrin le respondió:

—Adiós, Señora de Dor-lómin; cabalgamos ahora con más esperanzas de las que hayamos tenido nunca. ¡Pensemos que, en mitad del invierno, la fiesta será la más alegre de todas cuantas hayamos gozado en todos nuestros años de vida, y que le seguirá una primavera libre de temores!

Luego levantó a Túrin sobre sus hombros, y gritó a sus hombres:

—¡Que el heredero de la Casa de Hador vea la luz de vuestras espadas!



De inmediato, el sol resplandeció sobre cincuenta hojas, y en el patio resonó el grito de guerra de los Edain del Norte: «¡*Lacho calad!* ¡*Drego morn!* ¡Resplandezca el día! ¡Huya la noche!».

Entonces, Húrin montó de un salto, el estandarte dorado se desplegó y las trompetas resonaron de nuevo en la mañana. Así partió Húrin Thalion a la Nirnaeth Arnoediad.

Morwen y Túrin se quedaron inmóviles ante las puertas, hasta que, a lo lejos, oyeron la débil llamada de un único cuerno en el viento: Húrin había atravesado la colina, desde detrás de la cual ya no se podía ver la casa.